

# *Conocimiento militar y marxismo*

**León Trotsky**  
**8 de mayo de 1922**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “[Military Knowledge and Marxism](#)“, en [Trotsky Internet Archive](#) (consultado el 12 de abril de 2024). Conocimiento militar y marxismo. Discurso en la reunión de la Sociedad de Ciencias Militares adjunta a la Academia Militar del Ejército Rojo Obrero y Campesino, 8 de mayo de 1922. “El estenograma de este discurso se conservó muy incompleto. Corregirlo presentaba grandes dificultades. Sin embargo, encontré entre mis viejos papeles algunas notas bastante extensas para un artículo, que nunca terminé, sobre el mismo tema: ciencia militar, arte militar, leyes eternas, marxismo, etc. Este artículo, que quedó inconcluso e inédito, fue escrito poco después de esta reunión de la Sociedad de Ciencias Militares en la que pronuncié el discurso aquí impreso. He utilizado mis antiguas notas para sustituir ciertos pasajes oscuros del estenograma. Esto le ha dado al trabajo un poco más de lustre, y lo considero publicable en esta forma”. Nota de Trotsky.)

## I

### *Observaciones introductorias*

Permítanme declarar abierta esta reunión de la Sociedad de Ciencias Militares, la 51ª reunión de este tipo, según me acaban de informar.

El tema de nuestra discusión de hoy será el lugar que ocupan el conocimiento militar y la habilidad militar en el sistema del conocimiento humano en su conjunto. Permítanme confesar desde el principio que la responsabilidad de iniciar este debate recae en gran medida sobre mí. No es que considere que esta cuestión compleja, abstracta, teórico-epistemológica y filosófica (en el mejor y peor sentido de estas palabras) sea la más actual y urgente de nuestros estudios militares. Pero me parece que estas cuestiones nos han sido impuestas por todo el curso del desarrollo ideológico y por una cierta controversia teórico-ideológica entre los círculos dirigentes de nuestro ejército.

En una de nuestras publicaciones, estrechamente asociada a vuestra sociedad, leí dos artículos<sup>1</sup>, uno de los cuales sostenía que la ciencia militar no puede construirse con los métodos del marxismo, ni aplicarlos a sus tareas específicas, porque la ciencia militar pertenece al orden de las ciencias naturales. Este artículo iba acompañado de un artículo polémico y crítico que, presumiblemente, reflejaba más fielmente las opiniones de los redactores. En este artículo se intentaba demostrar que, por el contrario, los métodos del marxismo son métodos científicos *universales*, por lo que su validez se extiende también a la ciencia militar. Permítanme confesar, una vez más, que ambos puntos de vista me parecían incorrectos. La ciencia militar no pertenece a las ciencias naturales porque no es ni “natural” ni “ciencia”. Nuestro debate de hoy quizá nos acerque a la comprensión de esta cuestión.

Pero incluso si se admite que la “ciencia militar” es una *ciencia*, es imposible admitir que esta ciencia pueda ser construida por el método del marxismo, porque el materialismo histórico no es en absoluto un método universal para todas las ciencias. Se trata de una ilusión muy grande que, me parece, está cargada de consecuencias muy nefastas. Es posible dedicarse toda la vida a la actividad militar, y con mucho éxito, sin pensar jamás en los métodos teórico-epistemológicos en materia militar, del mismo modo que puedo mirar mi reloj todos los días sin saber nada de su mecanismo interno, esa concatenación de engranajes y palancas. Siempre que conozca las cifras y las manecillas,

---

<sup>1</sup> La referencia es a los artículos de la revista *Krasnaya Armiya*, número 12, marzo de 1922: “Sobre cierta pasión teórica” y “Sobre el artículo de Kvarin”.

no me equivocaré. Pero si, no estando satisfecho con la forma en que las manecillas se mueven sobre la esfera, quiero discutir la estructura del reloj, entonces debo estar debidamente informado al respecto: aquí no puede haber lugar para el “pensamiento independiente”.

En el curso de otra discusión (sobre la doctrina militar unificada)<sup>2</sup> me referí a un rasgo de la vida de Georgi Valentinovich Plejánov, el primer cruzado del marxismo en suelo ruso, un hombre de vasto intelecto y gran talento<sup>3</sup>. Siempre que Plejánov observaba que las cuestiones del materialismo filosófico y del materialismo histórico se contraponían o, por el contrario, se fusionaban, protestaba acaloradamente. El materialismo filosófico es una teoría basada en las ciencias naturales: el materialismo histórico explica la *historia de la sociedad humana*. El materialismo histórico es un método que no explica todo el universo, sino sólo un grupo estrictamente *delimitado* de fenómenos, un método para investigar el desarrollo del hombre histórico. El materialismo filosófico explica el movimiento del universo como el cambio y la transformación de la materia, y extiende su explicación a las manifestaciones “más elevadas” del espíritu. Es difícil, por no decir imposible, ser marxista en política si se ignora el materialismo histórico. Es posible ser marxista en política si se ignora el materialismo filosófico, y hay muchos ejemplos que lo demuestran.

Y cada vez que un marxista (en la vieja terminología, un “socialdemócrata”) se adentraba en el campo de la filosofía y empezaba a embrollar las cosas, el difunto Plejánov le golpeaba sin piedad. Cuántas veces le dijeron: “Vamos, Georgi Valentinovich, al fin y, al cabo, se trata de un joven que no ha tenido tiempo de estudiar cuestiones filosóficas, ha estado ocupado en la lucha clandestina”. Pero Plejánov, con razón, le contestaba: “Si no lo sabe, que se calle. Nadie le obliga a hablar... En nuestro programa no se dice nada de que un socialdemócrata tenga que estar bien fundamentado en el materialismo filosófico. Tiene que ser un miembro activo del partido, tiene que ser un valiente luchador por la causa de los trabajadores; pero si invade la esfera de la filosofía, no enrede las cosas”... Y se elevaba a toda su altura, blandiendo su espléndido látigo polémico. Si repasan la historia de nuestro partido, encontrarán a muchos que todavía hoy llevan en sus costillas las marcas de ese látigo.

Considero que en la esfera de la filosofía de los asuntos militares debemos seguir la buena tradición del difunto Plejánov. No todos estamos obligados a ocuparnos de cuestiones llamadas “gnosológicas”, “teórico-epistemológicas”, de cuestiones filosóficas. Pero si llegamos a ocuparnos de ellas, no es permisible embrollar las cosas y vagar, equipados con un instrumento inapropiado, en un campo diferente, tratando de aplicar el método del marxismo directamente a los asuntos militares en el verdadero sentido de la palabra (no a la política militar). Tratar de construir un dominio especial de los asuntos militares por medio del método marxista es un engaño muy grande, no menos que el expresado al tratar de incluir los asuntos militares entre las ciencias naturales. Si no me equivoco, los defensores de estas dos tendencias están dispuestos a tomar la palabra hoy: probablemente expondrán sus puntos de vista mejor de lo que yo pueda hacerlo y, después de que lo hayan hecho, discutiremos con ellos.

No creo, camaradas, que lleguemos hoy a ninguna decisión generalmente vinculante sobre esta cuestión. Pero si conseguimos aportar algo de claridad a la cuestión, y si llegamos a la conclusión de que es necesario ser más cautelosos a la hora de aplicar directamente el marxismo a esferas especiales de la actividad creativa, eso ya será por sí

---

<sup>2</sup> “Informe y observaciones finales en la Conferencia de Delegados Militares al XI Congreso del PCR (b)”, en esta misma serie de nuestras EIS.

<sup>3</sup> Obras escogidas de G. V. Plejánov, en nuestro sello hermano *Alejandro Proletaria*. Biblioteca general del pensamiento revolucionario.

solo un gran logro. Con nuestra “doctrina militar”, que tiene alguna relación con el problema que hoy nos ocupa, dimos, como sabéis, vueltas y más vueltas y enredamos las cosas hasta la saciedad, y no creo que nos enriqueciéramos mucho con ello, excepto, quizá, sólo en el sentido negativo: todo el mundo estaba convencido de que de todo aquello no había salido nada en particular. Nos comprometimos a construir una “doctrina militar unificada” sobre una base “marxista proletaria”, pero, después de debatir la cuestión, volvimos al punto de que lo que se necesitaba era reexaminar nuestros reglamentos sobre la base de nuestra experiencia. Y los estamos reexaminando, lentamente, cojeando por el camino y a través de los baches, porque nuestros caminos son abruptos y no faltan los barrancos. Pero espero firmemente que de nuestra revisión de los reglamentos se deriven beneficios reales: no inventaremos una nueva doctrina militar por medio de una comisión, pero, por otra parte, nos libraremos de mucha basura y formularemos algunas cosas con más precisión que antes. En lo que respecta a nuestra reunión de hoy, el beneficio de discutir la amplia cuestión de la interrelación entre los asuntos militares y el marxismo será más bien de higiene mental, por así decirlo: el grado de confusión que prevalece disminuirá un poco. Nuestra tarea práctica es la siguiente: aprender a hablar más sencillamente de la caballería, no sobrecargar nuestra discusión de los problemas de la aviación con pomposa terminología marxista, expresiones altisonantes, problemas de amplio alcance que la mayoría de las veces resultan ser cáscaras huecas sin núcleo ni contenido.

Estas son, camaradas, las observaciones introductorias que me he tomado la libertad de hacer. En interés del auditorio, en el que hay camaradas con distintos niveles de familiaridad con las cuestiones filosóficas, ruego encarecidamente a todos los ponentes y participantes en el debate que se expresen de la forma más concreta, precisa, sencilla y comprensible posible. Creo acercarme bastante a la verdad cuando digo que no todos los aquí presentes han estudiado filosofía de principio a fin, por así decirlo, y algunos de nosotros, ciertamente, ni siquiera hemos leído los libros más elementales de filosofía. Creo que una presentación así, es decir, pensada para un público no experto en filosofía, tendrá también la ventaja de ayudarnos a escrutar el contenido de la maleta de cada ponente: pues la terminología filosófica es un artefacto parecido al maquillaje... El maquillaje puede ser terriblemente impresionante y, sin embargo, no tener nada debajo. Y, sin embargo, como he observado en muchos artículos de nuestras publicaciones militares, este ocultismo para los augures, para los iniciados, estas tradiciones y procedimientos medievales, todavía se mantienen entre nosotros. Y por eso os pido que expongáis vuestras ideas de la forma más sencilla que podáis.

Con vuestro permiso, camaradas, pasamos al debate. Observando el orden en que están enumerados los informes, doy la palabra al camarada Lukirsky para que haga su intervención.

## II

### *Observaciones finales*

La lista de oradores se ha agotado. Permittedme que diga para terminar unas palabras en defensa de un arte que, en mi opinión, ha sido menospreciado aquí; menospreciado en beneficio de la ciencia militar, que algunos camaradas, a su vez, defendieron contra las calumnias, en mi opinión imaginarias, que habían sido vertidas por nosotros.

El camarada Ogorodnikov, el último orador, como algunos otros antes que él, dirigió su ataque particularmente contra el camarada Svechin, contra quien yo también he tenido ocasión en mi tiempo de polemizar: ¿cómo un hombre que es miembro del gremio

de la ciencia militar puede de repente renunciar a sí mismo y desclasificar el saber militar, declarando que aquí no hay cuestión de ciencia?

De forma indirecta, el camarada Polonsky también abordó esta cuestión. Aclaremos las cosas, dice: “El conocimiento puede ser científico o no científico. Si los asuntos militares son científicos, entonces se trata de una ciencia. Si son acientíficos, entonces... no valen nada”. El camarada Polonsky comparó a un comandante militar con un cirujano. No es una mala comparación. Un cirujano realiza una operación. Es una acción que exige ciertas prácticas, cierta habilidad; pero para un estudiante que observa la operación, dice el camarada Polonsky, es una ciencia. Pero eso, por supuesto, no es así. Tampoco para el estudiante la operación es ciencia: es aprendizaje. Si un artista hace un dibujo, eso es arte. Otros están sentados a su alrededor y copian lo que él hace: ¿qué significa eso para ellos? ¿Es ciencia? No. Es aprendizaje, lo cual no es ciencia. Este es el sentido en que se entendía la “ciencia” en la época de Suvorov: cuando se obligaba a los soldados a recibir latigazos, eso también era “la ciencia de la victoria”.

Uno de los oradores dijo que no se pueden equiparar los asuntos militares con el arte. El arte, dijo, tiene un criterio estético. Pero, ¿qué pasa con las artes prácticas? ¿El arte de construir puentes, el arte de construir casas, el arte de instalar sistemas de alcantarillado? Un arte práctico, no lo olvidemos, también tiene una base científica. En última instancia, por supuesto, todas las ciencias surgieron de la práctica, de los oficios, de las actividades; pero, más tarde, se liberaron de esta conexión directa y “rudimentaria”, conservando, no obstante, su significado históricamente utilitario. Cuando un científico hace experimentos químicos o investiga en un laboratorio el cruce de diferentes especies, puede estar persiguiendo un objetivo práctico inmediato, o puede que no. Por otra parte, incluso una deducción puramente teórica sirve, en última instancia, para enriquecer la práctica. Un arte puede basarse en una multiplicidad de ciencias. Un hombre desarrolla la ciencia por la ciencia, “desinteresadamente”, como suele decirse, mientras que otro opera con las conclusiones de la ciencia con fines puramente prácticos; y un tercero recoge intuitivamente, a través del instinto creativo, lo que necesita para el trabajo práctico. El camarada Snesarev llegó mejor que nadie al meollo de la cuestión cuando propuso, para los asuntos militares, el término *obnauchennoye iskusstvo*.<sup>4</sup> Se podrían inventar, por supuesto, una docena de otros términos, y no propongo hacer obligatorio el término de Snesarev, pero, en mi opinión, el autor del término se mostró más libre de prejuicios gremiales cuando dijo: “No temo llamarlo oficio, y menos aún temo llamarlo arte”.

Muchos camaradas abordaron la cuestión que nos ocupa desde un punto de vista “aristocrático”, desde el punto de vista de los comandantes, de los jefes militares de hoy o de mañana. Pero si tomamos los asuntos militares en su conjunto, entonces el hecho es que cada soldado debe saber su maniobra. Esa maniobra que un soldado de *infantería* conoce y debe conocer, ¿es una ciencia o no lo es? Usted dice de un *comandante* que debe conocer la geografía y la historia; yo añadiría que no estaría mal que también aprendiera economía política. Debe conocer la historia militar de al menos los últimos cien años. Pero, ¿se han agotado las cuestiones militares cuando hemos hablado del comandante del ejército? No. También está, no lo olvidemos, el soldado, está el comandante de sección, está el comandante de pelotón: a su nivel, el oficio militar sigue siendo una cuestión de habilidad artesanal.

Si un soldado no conoce su maniobra, no es más que carne de cañón: si la conoce, entonces es un “artesano”. Por encima de ese nivel se encuentra un arte que se basa en los métodos y conclusiones de muchas ciencias, que se utilizan en el oficio de soldado.

---

<sup>4</sup> La polémica había versado sobre si las cuestiones militares constituían una ciencia (*nauka*) o un arte (*iskusstvo*).

Los métodos, por ejemplo, de la geografía, pueden y deben utilizarse en las actividades militares. El conocimiento de la estadística, también es obligatorio. La etnografía es necesaria. También la historia. Todas ellas son ciencias. Pero la guerra en sí no es una ciencia. Hay que distinguir entre, por un lado, la ciencia, que establece *el carácter regido por leyes de los fenómenos*, su causalidad, y, por otro, el arte, que se ocupa de la *conveniencia de los procedimientos*. [“obnauchennoye” de Snegarev es una palabra inventada basada en nauka, y el término que sugiere podría significar algo así como “un arte impregnado de ciencia”]. Estas dos cosas (la conveniencia de los procedimientos, prácticas y métodos, y el carácter regido por la ley de los fenómenos objetivos) no son una y la misma cosa. Cuanto más conozco el carácter jurídico de los fenómenos, más capaz soy de elaborar un método conveniente, pero, de todos modos, no se puede confundir una cosa con la otra.

Nuestro método en los asuntos militares en la república soviética está determinado, en último análisis, por la técnica, la relación entre las clases, etc. Pero ¿no se puede deducir de estas correctas proposiciones marxistas el establecimiento adecuado para un regimiento de caballería! Gleb Uspensky mostró magníficamente, en *El poder de la tierra*, cómo toda la vida de un campesino y todo su pensamiento están dominados por la tierra, totalmente determinados por los medios de producción del campesino. El marxismo puede responder a la pregunta: ¿por qué el mujik seguirá creyendo en el demonio doméstico mientras vaya por ahí con zapatos de rafia? Los zapatos de rafia están determinados por el modo de producción del campesino, y este último también da lugar a una serie de otros fenómenos que son inseparables de los zapatos de rafia: un horizonte estrecho, dependencia servil de la lluvia, el sol y otros fenómenos elementales de la naturaleza; y todo esto, en conjunto, crea las supersticiones del campesino. El marxismo puede intentar explicar todo esto. Pero, ¿puede el marxismo enseñar a trenzar zapatos de rafia? No, no puede. Puede *explicar* por qué el mujik anda con zapatos de rafia (porque a su alrededor está el bosque, la corteza de los árboles, y él es pobre), pero no se pueden trenzar zapatos de rafia con la ayuda del marxismo. De ahí no saldrá nada.

Uno de los oradores protestó contra la calificación de los asuntos militares como arte, alegando que los asuntos militares no están sujetos al criterio de la belleza. Pero esto es un gran malentendido. El comercio, especialmente el que se lleva a cabo en la Sujarevka [La Sujarevka era el “mercado de los ladrones” en Moscú, tolerado la mayor parte del tiempo, pero sujeto a incursiones ocasionales de la policía], no está sujeto al criterio estético: sin embargo, existe un arte del comercio. El comercio tiene sus propios métodos complejos, relacionados con ciertas teorías que se asemejan a la ciencia: la contabilidad italiana por partida doble, la correspondencia comercial, la geografía comercial, etc. ¿Qué es entonces el comercio, una ciencia o no? Marx hizo una ciencia del comercio, en el sentido de que estableció las leyes de la sociedad capitalista, de que hizo del comercio un objeto de investigación científica. ¿Pero se puede comerciar “según Marx” en la Sujarevka?... No, no se puede. Uno de los principios más persistentes, si no eternos, del comercio es la regla: “si no engañas, no vendes”. El marxismo explica de dónde surgió este “principio”, cómo fue sustituido más tarde por la contabilidad italiana de doble entrada, que viene a ser lo mismo, pero de forma más delicada. Pero, ¿puede el marxismo crear un nuevo tipo de contabilidad? ¿O es que un marxista no necesita estudiar contabilidad si quiere dedicarse seriamente al comercio? Los intentos de proclamar que el marxismo es el método de todas las ciencias y artes sirven a menudo para encubrir una obstinada aversión a entrar en nuevos campos: después de todo, es mucho, mucho más fácil poseer un *passe-partout*, es decir, una llave que abre todas las puertas y cerraduras, que estudiar contabilidad, asuntos militares, etc. Este es el mayor peligro cuando la gente intenta dotar al método marxista de un carácter tan absoluto. Marx atacó a tales quasi-

marxistas, y en una de sus cartas dijo literalmente: “¡Yo no soy marxista!”<sup>5</sup> cuando le endilgaban, en lugar de una explicación del proceso histórico, en lugar de una investigación atenta y concienzuda de lo que sucede, una especie de itinerario a través de la historia. Menos aún pretendía Marx que su teoría socio-histórica sustituyera a todas las demás esferas del conocimiento humano. ¿Significa esto que un líder militar no necesita el método marxista? En absoluto. Sería absurdo negar la gran importancia del materialismo para disciplinar el pensamiento en todos los campos. El marxismo, como el darwinismo, es la escuela superior del pensamiento humano. Los métodos de guerra no pueden deducirse de la teoría de Darwin, de la ley de la selección natural, pero un jefe militar que hubiera estudiado a Darwin, dada la presencia de otras cualidades, estaría mejor equipado: tendría un horizonte más amplio y sería más ingenioso, tomaría nota de aspectos de la naturaleza y del hombre en los que antes no había reparado. Esto se aplica en mayor medida al marxismo.

Un comentario sobre las observaciones del camarada Ajoy acerca del papel del análisis histórico en el esclarecimiento de un concepto o hipótesis determinados. Es absolutamente correcto que el punto de vista histórico es extremadamente fructífero, y la historia de la ciencia mejor que cualquier gnoseología kantiana. El hombre debe mantener limpios sus conceptos y términos, igual que un dentista limpia sus instrumentos. Pero lo que necesitamos para ello no es una gnoseología kantiana que toma los conceptos como fijos para siempre: los términos deben abordarse *históricamente*. Pero la historia de los términos, las hipótesis y las teorías no sustituye a la ciencia en sí. La física es la física. Los asuntos militares son asuntos militares.

El marxismo puede aplicarse con gran éxito incluso a la historia del ajedrez. Pero no es posible aprender a jugar al ajedrez de forma marxista. Con la ayuda del marxismo podemos establecer que hubo una vez una nobleza tipo Oblomov que era demasiado perezosa incluso para jugar al ajedrez, y que más tarde, con el crecimiento de las ciudades, aparecieron intelectuales y comerciantes, que sintieron la necesidad de ejercitar sus cerebros jugando a las damas y al ajedrez. Y ahora, en nuestro país, los obreros van a clubes de ajedrez. Los obreros juegan al ajedrez porque se han deshecho de quienes solían cabalgar sobre sus espaldas. Todo esto puede ser explicado excelentemente por el marxismo. Se puede mostrar todo el curso de la lucha de clases desde el único ángulo de la historia del desarrollo del ajedrez. Afirmo que se podría, utilizando el método de Marx, escribir un excelente libro sobre la historia del desarrollo del ajedrez. Pero aprender a jugar al ajedrez “según Marx” no es posible. El juego del ajedrez tiene sus propias “leyes”, sus propios “principios”. Por cierto, hace poco leí que, en tiempos de Napoleón, el ajedrez se jugaba de forma de maniobra, y así continuó hasta mediados del siglo XIX: durante el período de paz armada, entre la guerra franco-prusiana y la reciente guerra imperialista, el ajedrez siguió siendo totalmente “posicional”, pero ahora se vuelve a jugar de forma móvil, de “maniobra”. En todo caso, así nos lo asegura un ajedrecista estadounidense. Puede ser que las condiciones sociales penetren, de alguna manera desconocida, en el cerebro de un jugador de ajedrez y que, sin ser consciente de lo que hace, refleje estas condiciones en su estilo de juego. Un psicólogo materialista podría encontrar esto de gran interés. Sin embargo, aprender a jugar al ajedrez “según Marx” es totalmente imposible, al igual que es imposible aprender a hacer la guerra “según Marx”. El marxismo no enseña a utilizar la sorpresa, cuando ésta se hace necesaria para enfrentarse al escurridizo Majnó.

Lo que constituye la esencia del oficio de soldado es el conjunto de reglas para obtener la victoria. Estas reglas se resumen, bien o mal, en nuestros reglamentos. ¿Son

---

<sup>5</sup> Engels menciona el “¡Todo lo que sé es que no soy marxista!” de Marx en una carta a Paul Lafargue, del 27 de agosto de 1890.

una ciencia? Creo que nuestro reglamento no puede calificarse de ciencia. Son un conjunto de prescripciones, un cuerpo de reglas y procedimientos para un oficio o un arte.

A los camaradas que quieren construir el oficio de soldado según el método marxista les recomiendo que revisen los reglamentos del servicio de campaña desde este punto de vista, e indiquen qué cambios (desde el punto de vista del marxismo) deben introducirse en las reglas de reconocimiento, seguridad, preparación de la artillería o ataque. Me alegraría mucho oír al menos una cosa nueva en este campo que se haya logrado utilizando el método marxista, no sólo “una opinión o algo así”, sino algo realmente nuevo y práctico.

Tales son los errores del pensamiento marxista juvenil e inmaduro en la esfera de la teoría militar. En contraste con ellos están los errores de los académicos-metafísicos militares. Nos dicen que la ciencia militar descubre y formula principios eternos en materia militar. ¿Qué significan estos principios? ¿Son generalizaciones científicas o preceptos prácticos? ¿En qué sentido pueden llamarse eternos?

La guerra es una determinada forma de relación entre los hombres. En consecuencia, los métodos y procedimientos de la guerra dependen de las propiedades anatómicas y mentales del hombre individual, de la forma de organización del hombre colectivo, de su tecnología, de su entorno tanto físico como cultural-histórico, etcétera. Así pues, los procedimientos y métodos de la guerra están determinados por circunstancias cambiantes y, por lo tanto, no pueden ser eternos.

Pero es bastante obvio que estos procedimientos y métodos contienen elementos de mayor o menor estabilidad. Así, por ejemplo, en los métodos de caballería encontramos elementos comunes a nosotros y a la época de Aníbal, e incluso anteriores. Los métodos de la aviación son, obviamente, de origen reciente. En los métodos de infantería encontramos rasgos comunes con las operaciones de las hordas y tribus más atrasadas y primitivas, que hacían la guerra entre sí antes de que el caballo fuera domesticado. Por último, es posible encontrar en las operaciones militares en general algunos procedimientos elementales que son comunes al hombre y a los animales que luchan. Evidentemente, tampoco en estos casos se trata de “verdades eternas”, en el sentido de generalizaciones científicas derivadas de las propiedades de la materia, sino de los procedimientos más o menos estables de un oficio o de un arte.

Un conjunto de “principios militares” no constituye una ciencia militar, pues no hay más ciencia de la guerra que ciencia de la cerrajería. Hay toda una serie de ciencias que un jefe de ejército necesita conocer para sentirse plenamente equipado en su arte. Pero la ciencia militar no existe: lo que existe es un oficio militar, que puede elevarse al nivel de arte militar.

Una historia científica de la guerra no es ciencia militar, sino ciencia social, o una rama de la ciencia social. Una historia científica de la guerra explica por qué, en una época determinada, con una organización determinada de la sociedad, los hombres hicieron la guerra de una manera determinada y no de otra diferente, y por qué tales o cuales procedimientos condujeron, en esa época, a la victoria, mientras que otros trajeron la derrota. Partiendo del estado general de las fuerzas productivas, una historia científica de la guerra debe tener en cuenta todos los demás factores superestructurales, incluidos los planes y los errores de los comandantes. Pero es evidente que una historia científica de la guerra tiene por objeto, por su propia naturaleza, explicar lo que cambia y las razones de esos cambios, y no establecer verdades eternas.

¿Qué verdades puede aportarnos la historia? El papel y la importancia del crecimiento de las ciudades en la Edad Media para el desarrollo de los asuntos militares. La invención de las armas de fuego. El derrocamiento del orden feudal y el significado de esta revolución para el ejército, etc.

La economía política marxista es indiscutiblemente una ciencia, pero no es la ciencia de cómo gestionar una empresa, o cómo competir en el mercado, o cómo formar trusts. Es la ciencia de cómo, en una época determinada, tomaron forma ciertas relaciones económicas (relaciones capitalistas), y en qué consistió el condicionamiento interno, el carácter regido por leyes, de estas relaciones. Las leyes económicas establecidas por Marx no son verdades eternas, sino que sólo son características de una época concreta del desarrollo económico del hombre: y, en cualquier caso, no son principios eternos como los que plantea la escuela burguesa de Manchester, según la cual la propiedad privada de los medios de producción, la compraventa, la competencia, etc., son principios eternos de la economía derivados de la naturaleza humana (que, sin embargo, en sí misma no es en absoluto eterna).

¿Dónde radica el error teórico básico de la escuela liberal manchesteriana de economía política? En que las generalizaciones (leyes) que definen la práctica económica de la humanidad en la época de la economía mercantil son transformadas por la escuela de Manchester en principios eternos que se supone que rigen la actividad económica por los siglos de los siglos.

Naturalmente, no es ningún secreto, ni siquiera para los economistas de Manchester, que los principios del comercio y la competencia no existieron siempre, sino que surgieron en una determinada etapa del desarrollo. Sin embargo, los doctrinarios del manchesterismo salen al paso de esa dificultad haciendo que la cronología de la ciencia económica comience con el origen de las relaciones capitalistas. Antes, la humanidad estaba sumida en las tinieblas de la ignorancia o en la barbarie feudal, pero más tarde se descubrió la verdad del libre cambio, y esta verdad sigue siendo el principio eterno del progreso humano. Para los manchesterianos sus leyes económicas poseen el mismo significado que las leyes de la química. En la Edad Media, la humanidad estaba sumida en la servidumbre, el particularismo y la superstición, no se conocían ni las leyes de la química ni las del libre mercado; más tarde, se descubrieron tanto las primeras como las segundas. Su valor objetivo, su carácter “eterno” no se ve comprometido por el hecho de que la gente no las conociera antes.

Los doctrinarios en materia militar muestran exactamente la misma actitud hacia las verdades militares. Las generalizaciones militares o, más correctamente, los procedimientos de una época concreta, son transformados por ellos en verdades eternas. Si antes la gente ignoraba estas verdades eternas, tanto peor para esa gente, hundida en la barbarie. Pero, en cuanto se descubren, se convierten en principios eternos del oficio de soldado. Lo erróneo de tal planteamiento resulta bastante evidente si adoptamos la escala adecuada. La economía medieval no era en absoluto un producto de la ignorancia: tenía sus propias leyes internas, derivadas de la etapa entonces existente de la tecnología del hombre y de la estructura de clases de la sociedad que estaba relacionada con ella.

Las leyes muy simples que determinaban las interrelaciones económicas de un señor feudal con sus campesinos, o de un artesano con su cliente, son tan “legítimas” desde el punto de vista de la ciencia económica como las leyes más complejas de la economía capitalista: tanto las primeras como las segundas tienen carácter transitorio.

El ejército formado por los lansquenets, los ejércitos permanentes de los siglos XVII y XVIII, el ejército nacional llamado a la vida por la Gran Revolución Francesa, todos ellos correspondían a épocas definidas de desarrollos económicos y políticos, basados en un cierto nivel tecnológico, del que dependían su estructura y sus métodos de funcionamiento. La historia militar puede y debe establecer este condicionamiento social del ejército y de sus métodos. Pero, ¿qué hace la filosofía militar? Por regla general, considera los métodos y procedimientos de una época anterior como verdades eternas, que por fin han sido descubiertas por la humanidad y que están destinadas a conservar su



significado para todos los tiempos y todos los pueblos. El descubrimiento de estas verdades eternas se sitúa, en su mayor parte, en la época napoleónica. Más tarde, se descubre que estas mismas verdades o principios estaban presentes, aunque de forma menos desarrollada, en las operaciones de Aníbal y César.

El período medieval se convierte en un paréntesis durante el cual los principios eternos de la guerra se hundieron en el olvido, junto con la ciencia y la filosofía de la antigüedad.

Sin embargo, existe una diferencia entre los errores de los manchesterianos y los de los doctrinarios de los principios eternos de la ciencia militar. Esta diferencia radica en la diferencia entre los dos tipos de actividad. Las relaciones económicas en la sociedad capitalista toman forma, como dijo Marx, a espaldas de la gente, como resultado de su actividad económica de hormiga, y la gente se encuentra entonces enfrentada a relaciones de propiedad ya cristalizadas que determinan las relaciones entre hombre y hombre.

En los asuntos militares, el elemento de la construcción planificada, de la dirección consciente por la voluntad del hombre, encuentra una aplicación incomparablemente más amplia. En las relaciones capitalistas, el plan, la voluntad, el cálculo, la supervisión, la iniciativa se aplican dentro de los límites de una empresa individual. Las leyes de la economía capitalista surgen de las relaciones mutuas entre estas empresas individuales: por eso toman forma “a espaldas” de la gente. Pero el ejército es, por su propia naturaleza, una empresa común al estado en su conjunto y, en consecuencia, los planes y proyectos se aplican aquí en el marco de todo el estado. Esto no elimina, por supuesto, la dependencia decisiva de los asuntos militares respecto a la economía, pero el factor subjetivo, en la forma de los líderes militares, adquiere un alcance que no está disponible en la esfera económica.

La distinción, sin embargo, no es en absoluto absoluta e inalterable. El funcionamiento del “eterno” principio de la libre competencia condujo, como sabemos, al monopolio, a la creación de poderosos trusts nacionales e incluso internacionales. Los individuos a la cabeza de estos trusts obtienen un margen de maniobra estratégica totalmente comparable al teatro de operaciones militares de la reciente gran guerra. Naturalmente, el margen de Rockefeller para manifestar su “libre albedrío” en la esfera de la construcción económica es inconmensurablemente mayor que el disponible para cualquier industrial o comerciante ordinario de hace cincuenta o cien años. Rockefeller no es, sin embargo, una violación arbitraria de las verdades manchesterianas, sino su producto histórico y, al mismo tiempo, su negación viva.

Cada comerciante-industrial, desde el Barba de Cabra de Gogol hasta el afeitado Rockefeller, tiene sus propias pequeñas verdades eternas de las operaciones comerciales: desde “si no engañas, no vendes”, y así sucesivamente, hasta los complicados cálculos de un trust petrolero. La contabilidad italiana no es, por supuesto, una ciencia, sino un conjunto de prácticas artesanales. Puede elevarse a la categoría de arte cuando se aplica a escala de un trust gigantesco. Los procedimientos y las prácticas de gestión de una empresa industrial, los métodos de aprovisionamiento de materias primas, los métodos tayloristas de organización del trabajo, los métodos de cálculo de los precios, etc., constituyen un sistema práctico muy complejo que incluso podría calificarse de “doctrina”, en el sentido de conjunto de aquellas prácticas, procedimientos, métodos y dispositivos que mejor garantizan el saqueo del mercado. Pero esto, por supuesto, no es ciencia. Para decirlo más sencillamente, la economía política, es decir, una auténtica ciencia, estudia las relaciones internas de la sociedad capitalista, pero no indica en absoluto las vías por las que uno puede enriquecerse con toda seguridad. La historia militar, científicamente fundamentada, estudia los rasgos típicos de la organización del ejército y de la guerra en cada época, en correlación con la estructura social de la sociedad,

pero no enseña en absoluto, ni puede enseñar, cómo crear artillería o cómo obtener con toda seguridad la victoria.

El arte militar de nuestro tiempo se resume en reglamentos. Son la experiencia concentrada del pasado acuñada en moneda destinada a ser utilizada en el futuro. Lo que tenemos aquí es un agregado de los procedimientos de un oficio, o de un arte. Del mismo modo que una colección de manuales sobre la mejor manera de organizar las empresas industriales, sobre el cálculo, la contabilidad, la correspondencia comercial, etc., no constituye la ciencia de la sociedad capitalista, una colección de manuales, instrucciones y reglamentos militares no constituye la ciencia militar.

Para convencernos de la gran falta de claridad y las contradicciones que prevalecen en la cuestión de los llamados principios eternos de los asuntos militares (también conocidos como las leyes de la ciencia militar), tomemos el libro *Los principios de la guerra*, escrito por el líder militar más victorioso de nuestro tiempo, Foch.

En su prefacio de 1905, Foch escribe, basándose en los datos iniciales relativos a la guerra ruso-japonesa: “La ofensiva de maniobra acaba por imponerse a toda forma de resistencia”. [Esta frase no aparece en la traducción inglesa del libro de Foch, realizada en 1918. Aparece en la introducción de la edición de 1905]. Foch plantea esta idea como una de las verdades eternas del arte militar, en contraste, por cierto, con nuestros innovadores nativos, que perciben en la estrategia de la maniobra cualidades ofensivas que son específicas de la guerra revolucionaria. Veremos a continuación que ambas partes están equivocadas: Foch, que ve en la ofensiva de maniobra un principio eterno, y los camaradas que ven en la ofensiva de maniobra el principio específico del Ejército Rojo. En el prefacio a la primera edición de este libro, Foch cita con aprobación las palabras de Von der Goltz: “Si bien es cierto que los principios del arte militar son eternos, los factores que este arte trata y debe tener en cuenta sufren una evolución incesante”<sup>6</sup>. Es el conjunto de esos principios eternos del arte militar lo que constituye la teoría de la guerra. La existencia de la teoría es justamente lo que, según Foch, hace de la guerra un arte. Se puede decir, pues, que la teoría de la guerra es la totalidad de esos principios que se aplicaron en todas las operaciones correctas, cuya violación condujo al fracaso, y que deben aplicarse en todas las guerras de las épocas venideras. Por consiguiente, existen principios (“eternos”) que constituyeron la base de las operaciones militares cuando se tomó Troya, cuando los astutos griegos se escondieron en el vientre del caballo de madera, y también de las operaciones de nuestro propio tiempo, cuando una escuadrilla de aviones descarga sobre una ciudad cientos de kilos de explosivos de extraordinario poder destructivo, o masas de gas venenoso. ¿De qué principios se trata?

No se trata aquí de leyes anatómicas o psicológicas. Es indudable que no se han producido cambios muy radicales en ese sentido. Un griego o un troyano con el corazón atravesado moría del mismo modo que muere uno de nuestros combatientes. Un cobarde se asustaba y huía de la batalla. Un líder del ejército animaba a sus hombres, y así sucesivamente. La estructura psicofisiológica y anatómica básica del hombre no se ha alterado de forma considerable. Ni que decir tiene que las leyes de la naturaleza siguen siendo las mismas. Pero las relaciones entre el hombre y la naturaleza han cambiado mucho. Ese medio artificial que el hombre interpone entre él y la naturaleza (herramientas, instrumentos, máquinas) ha crecido hasta tal punto que ha transformado por completo los métodos de trabajo, la organización del trabajo, las relaciones sociales. Es indudable que desde los tiempos de Troya se ha conservado entre los grupos humanos

---

<sup>6</sup> Traducción inglesa del libro de Foch. p. vi. El Von der Goltz citado es el mariscal de campo Colmar von der Goltz, 1843-1916, que escribió varios libros (de los cuales *The Nation in Arms* y *The Conduct of War* fueron traducidos al inglés), reorganizó el ejército turco y murió mientras mandaba las tropas turcas contra los británicos en Mesopotamia.

(naciones, clases) el afán de exterminarse, conquistarse y derrotarse unos a otros. El medio artificial, o la tecnología humana, en el sentido amplio de la palabra, ha transfigurado la guerra del mismo modo que ha transfigurado todas las demás relaciones humanas. Sin duda, incluso en la época del sitio de Troya, este objetivo se alcanzaba no sólo con uñas y dientes, sino con la ayuda de armas artificiales que el hombre interponía entre él y su enemigo. Esta base tan general permanece inalterada. En otras palabras, la guerra es un encuentro hostil entre grupos humanos equipados con instrumentos para matar y destruir, con el objetivo directo de conseguir el dominio físico sobre el enemigo.

Esta definición sitúa el concepto de guerra dentro de los límites de los marcos sociales e históricos. Señalar las características generales de la guerra (primero, el enfrentamiento entre grupos de hombres; segundo, el uso de armas; y, tercero, el objetivo de ganar preponderancia sobre el enemigo) sigue sin proporcionarnos, por supuesto, ningún principio del arte militar. Al mismo tiempo, esta definición pone límites a la “eternidad” de la propia guerra. En aquella época en la que el hombre aún no había aprendido a luchar con palos o piedras, en la que aún no estaba organizado en rebaños (clanes y tribus) de funcionamiento regular, evidentemente no podía hablarse de guerra, pues un enfrentamiento entre dos de nuestros lejanos antepasados en un bosque, mordiéndose mutuamente la garganta a causa de una hembra, no puede tratarse como perteneciente a la esfera del arte militar, iluminada por la luz de los “principios eternos”. En consecuencia, la eternidad del arte de la guerra debe limitarse de inmediato, y abrirse para ella una cuenta corriente sólo a partir del momento en que el hombre se irguió firmemente sobre sus patas traseras, se armó con un garrote y aprendió a actuar en la batalla, como en la vida económica, colectivamente, en tropas, aunque éstas carecieran todavía de establecimientos firmemente decididos.

Von der Goltz, y Foch después de él, reconocen que los factores estudiados por el arte militar sufren cambios (el bastón, el mosquete, el fusil automático, la ametralladora, el cañón, etc.), pero los principios del arte permanecen, si no eternos, sí inalterados desde que comenzó la guerra.

¿Cuáles son esos principios? En el prefacio a la segunda edición de su libro, Foch parece proponer la ofensiva de maniobra como principio fundamental. Pero en la primera conferencia da esta respuesta: “Existe, pues, la teoría de la guerra. Esa teoría parte de una serie de principios:

\*El principio de economía de fuerzas.

\*El principio de la libertad de acción.

\*El principio de la libre disposición de las fuerzas.

\*El principio de seguridad, etc.”. [Foch, traducción inglesa, página 8]

Y, más adelante, para fortalecerse (“ayuda mi incredulidad”) [“Señor, creo: ayuda mi incredulidad”, (Marcos, 924).], Foch aduce algunas citas, entre ellas las palabras del mariscal Bugeaud: Hay pocos principios absolutos, pero los hay”. [Foch, traducción al inglés, páginas 9.]

¿Qué comprende el primero de estos principios absolutos, a saber, el principio de economía de fuerzas? La tarea de la guerra es destruir la fuerza viva del enemigo. Esto sólo puede lograrse mediante un golpe. Para este golpe es necesaria la concentración de las propias fuerzas. Pero, antes de dar este golpe, hay que averiguar dónde está el enemigo, cubrirse contra un golpe inesperado dado por él, salvaguardar las líneas de comunicación, etcétera. Para ello es necesario destinar las fuerzas apropiadas para llevar a cabo tareas de reconocimiento, vigilancia, etc. El principio de economía de fuerzas consiste en separar de las fuerzas principales, para llevar a cabo estas tareas auxiliares y preparatorias, sólo las fuerzas, ni más ni menos, que requiera la naturaleza de estas tareas; y, al mismo tiempo, asegurar que será posible poner en juego en el momento decisivo

estos destacamentos auxiliares, para asestar un golpe concentrado. Foch explica que este resultado sólo puede obtenerse mediante una ofensiva de maniobra llevada a cabo por el núcleo principal junto con los destacamentos auxiliares. El eterno principio de la economía de fuerzas es, pues, según Foch, característico únicamente de la estrategia de maniobra. Y no es sorprendente descubrir que sólo admite en el santuario del arte de la guerra las operaciones ofensivas de maniobra, sosteniendo que “las teorías corrientes antes de esta época eran falsas”<sup>7</sup>. [Partiendo de la ofensiva de maniobra como única forma de estrategia, Foch predice que “las primeras acciones de la próxima guerra serán también las más decisivas” (página 10)<sup>8</sup>. En armonía con este punto de vista, Foch llega a la conclusión de que “una guerra así no puede durar mucho tiempo, debe ser conducida con violencia y alcanzar rápidamente su objetivo: de lo contrario quedará sin resultado”. (página 38)<sup>9</sup>

En esencia, basta citar estas conclusiones para que los eternos principios de Foch resulten bastante patéticos a la luz de los acontecimientos posteriores. Durante la última guerra, el ejército francés, tras los primeros y costosos intentos de ofensiva, pasó a la defensa posicional. Los reveses iniciales no predeterminaron en absoluto el resultado de la guerra, como Foch había predicho. La guerra duró años. En esencia, la guerra siguió siendo posicional y se resolvió en las trincheras. El periodo inicial de maniobras sobre el terreno sólo sirvió para mostrar la necesidad de atrincherarse. El periodo final de operaciones sobre el terreno no hizo sino revelar lo que ya se había logrado en las trincheras: el agotamiento del poder de resistencia de Alemania.

Esta experiencia tiene su valor. Aunque, según Foch, las teorías que dominaron la escuela francesa de la guerra hasta 1883 eran falsas, y la luz de los verdaderos principios comenzó a brillar hacia finales del siglo pasado, sólo una década después de que se escribiera su libro se reveló que la guerra se había desarrollado en completa oposición a aquellas predicciones que Foch había deducido de los principios eternos.

Se puede decir, por supuesto, que el error aquí es enteramente un error por parte de Foch, en el sentido de que simplemente no extrajo las conclusiones necesarias a partir de principios correctos. Pero, de hecho, si el principio “eterno” de la economía de fuerzas se limpia de las conclusiones incorrectas de Foch, no queda mucho del propio principio. Según la línea de pensamiento de Foch, que aquí se nutre principalmente de la experiencia napoleónica, en primer lugar, hay que localizar al enemigo, protegerse llevando al frente, a los flancos y a la retaguardia las tropas necesarias para el reconocimiento y la guardia, y luego, una vez definida la dirección principal del golpe a asestar, subordinar todas las fuerzas a la tarea única de una ofensiva aplastante. En esencia, el mero principio de “economía” de fuerzas tiene poco que ver con todo esto. Todo se reduce al modelo de maniobra ofensiva de Napoleón, en el que cualquier otra consideración se subordina al momento del golpe concentrado.

El principio de economía de fuerzas consiste, pues, en distribuir convenientemente las fuerzas propias entre el núcleo principal y las tropas auxiliares, preservando la posibilidad de utilizarlas todas para destruir la dotación de hombres del enemigo. Sin embargo, este mismo Foch da otra interpretación más concreta y particular

---

<sup>7</sup> Esta frase, que se refiere al período finalizado en 1883, se omite en la traducción inglesa. Aparece en la página 2 de la 3ª edición del original (*Des principes de la guerre*).

<sup>8</sup> Foch, traducción inglesa, (La traducción inglesa, publicada en 1918, tiene una nota a pie de página: “Palabras escritas antes de la Gran Guerra de 1914”).

<sup>9</sup> Foch, traducción inglesa, página 39. En su prefacio de 1918 a la traducción inglesa de su libro, Foch señaló que la ametralladora y el alambre de espino daban nuevas ventajas a la defensa, pero que el atacante las superaba mediante el tanque.

del principio de economía de fuerzas, basándose en una conocida conversación entre Bonaparte y Moreau.

A su regreso de Egipto, Bonaparte explicó a Moreau cómo se había asegurado una preponderancia de fuerzas, a pesar de su inferioridad numérica, cayendo primero con todas sus fuerzas sobre un ala del enemigo, desbaratándola, y aprovechando luego el desorden así producido para atacar la otra ala con todas sus fuerzas. ¿Significa esto que del “teorema” (como lo expresa Foch) de la economía de fuerzas debe derivarse el principio de la derrota sucesiva de las dos alas del ejército enemigo? Evidentemente, no. Tenemos aquí un caso concreto de una operación exitosa que se caracteriza por muchos elementos muy importantes: el número de tropas implicadas, su armamento, su moral, su disposición, el mando, etcétera. En las circunstancias concretas, el problema fue resuelto por Napoleón mediante uno de los métodos a su alcance. Su resultado exitoso demostró que Napoleón fue capaz, en el caso dado, de hacer uso de sus fuerzas; o, si se prefiere, las utilizó económicamente; o aplicó el principio de “economía de fuerzas”. Y eso es todo. Pero interpretar así el principio de economía de fuerzas no es más que dar otro nombre al principio de conveniencia. Este principio nos aconseja actuar con sensatez, sin gastar nuestras fuerzas en vano. Se parece un poco a los “principios” de Kozma Prutkov<sup>10</sup>. Si no sé nada de asuntos militares como tales, este principio no me ayudará en nada. Cuando una ley matemática establece que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los otros dos lados, puedo abordar cualquier fenómeno relevante aplicando este teorema en la práctica. Pero si lo único que conozco es el “principio de economía de fuerzas”, ¿a qué puedo aplicarlo? No es más que un signo mnemotécnico del que sólo se puede hacer uso si se poseen todos los conocimientos prácticos y el know-how correspondientes. Sorpresa, economía de fuerzas, libertad de acción, iniciativa, etcétera, etcétera, en el fondo no son más que signos mnemotécnicos para uso de quien conoce el oficio de soldado. Los “masones libres” convirtieron los signos del oficio de albañil en los símbolos de la masonería. Del mismo modo, en materia militar, una determinada experiencia acumulada recibe un nombre simbólico, convencional, y eso es todo, nada más.

Foch demuestra el carácter absoluto, o eterno, del principio de “libertad de acción” remontándose a Jenofonte: “El arte de la guerra es el arte de conservar la propia libertad de acción”. Pero, ¿cuál es el contenido de esta libertad? Ante todo, debes mantener la libertad de iniciativa en relación con el enemigo, es decir, no debes darle la oportunidad de coartar tu voluntad. En esta forma general, el principio es bastante incontestable. Pero también se aplica a la esgrima, al ajedrez y, en general, a toda forma de deporte a dos bandas y, por último, a los debates parlamentarios y jurídicos. Foch da más tarde otra interpretación a este principio, según el cual la libertad de acción sólo la conserva el comandante en jefe. Todos los demás comandantes están sujetos a restricciones, porque tienen que actuar en el marco de sus tareas. En consecuencia, su voluntad está constreñida no sólo por la situación material, sino también por las órdenes formales que han recibido. Pero la economía de fuerzas (o el sentido común, o la conveniencia, según se prefiera) exige que el marco impuesto por el mando supremo a los mandos subordinados no sea demasiado estrecho. En otras palabras, es necesario, tras fijar un objetivo claramente definido, dejar al mando subordinado la máxima libertad a la hora de elegir y combinar los medios para alcanzar dicho objetivo. En una forma tan general como ésta, el principio vuelve a ser indiscutible. La dificultad consiste, sin embargo, en encontrar, cuando se emite una orden, el límite más allá del cual la definición

---

<sup>10</sup> “Kozma Prutkov”, personaje de ficción inventado en la década de 1860 por A. K. Tolstoi y los hermanos A. M. y B. M. Zhemchuzhnikov, era un funcionario satisfecho de sí mismo que se creía filósofo y pronunciaba “aforismos” de lo más banales como si fueran perlas de sabiduría.

del objetivo se convierte en una tutela excesiva sobre la elección de los medios. El “teorema” no aporta en sí mismo ninguna solución prefabricada a este respecto. En el mejor de los casos, sólo sirve para recordar al comandante que tiene que encontrar alguna solución a este problema. Pero incluso aparte de esto, está bastante claro que Foch da una interpretación equívoca al principio de libertad de acción. Por una parte, se trata de ese grado de iniciativa en la batalla que garantiza la independencia necesaria en relación con la voluntad del enemigo, pero, por otra parte, es una libertad suficientemente amplia concedida a los mandos inferiores, dentro de los límites de los objetivos y tareas fijados por el mando supremo.

Sin embargo, ni la primera ni la segunda interpretación pueden calificarse de teorema, ni siquiera en el sentido más amplio de esta palabra. En matemáticas entendemos por teorema una correlación de magnitudes variables que se mantiene bajo todos los cambios cuantitativos de dichas magnitudes. En otras palabras, la equivalencia no se altera, cualesquiera que sean las cifras aritméticas que sustituyan a los términos algebraicos que designan las magnitudes. Pero, ¿qué significa el principio de economía de fuerzas? ¿O el principio de libertad de acción? ¿Se trata realmente de un teorema que permita, sustituyendo magnitudes concretas, sacar conclusiones prácticas correctas? En absoluto. Si intentamos investir a este principio de un significado verdaderamente “absoluto”, es decir, elevarlo al nivel de un teorema, lo que obtenemos es un lugar común indiscutible como: es necesario utilizar todas las fuerzas de manera conveniente; es necesario conservar la propia iniciativa para la acción; es necesario emitir órdenes que sean convenientes, o realizables, y por lo tanto evitar incluir en ellas cualquier condición superflua, etcétera. En esta forma, no se trata en absoluto de principios militares, sino de *axiomas de toda actividad humana intencionada en general*.

En realidad, sin embargo, los teóricos militares dan a estos y otros principios similares una interpretación más concreta, es decir, hacen que estos principios incluyan (franca o subrepticamente) regimientos, cuerpos y ejércitos con una estructura y armamento específicos, que operan sobre la base de numerosos reglamentos e instrucciones que resumen la experiencia del pasado. En esta forma, estos principios eternos no tienen nada de eterno y no se parecen en nada a teoremas, sino que son las denominaciones convencionales de ciertos procedimientos, prácticas empíricas, experiencias positivas y negativas, etc. Esencialmente, ningún teórico militar escapa al marco de esta contradicción: para demostrar el carácter eterno de los principios del arte militar, desechan todo el “lastre” de la experiencia histórica viva y los reducen a pleonasmos, a lugares comunes, postulados euclidianos, axiomas de la lógica, etcétera. Por otra parte, con el fin de demostrar la importancia de estos principios para los asuntos militares, los rellenan con el contenido de una época particular, una etapa específica en el desarrollo de un ejército o en el desarrollo de los asuntos militares, y, de este modo, estos principios se invisten con el carácter de “balasto” práctico y útil para encarrilar a la memoria. No son generalizaciones científicas sino directrices prácticas, no son teoremas sino reglamentos. No son eternos, sino temporales. Su importancia es tanto mayor cuanto menos absolutas sean, es decir, cuanto más llenas estén del contenido concreto de un período particular de los asuntos militares, de sus peculiaridades vitales en organización, técnica, etcétera. No son absolutos, sino condicionales. No constituyen una rama de la ciencia, sino una guía práctica de un arte. La afirmación de Federico II de que “la guerra es una ciencia para los genios, un arte para los mediocres y un oficio para los ignorantes” es errónea. No existe ni puede existir una ciencia de la guerra, en el sentido preciso de esa palabra. Existe un arte de la guerra. Sin embargo, un arte, un oficio, también presupone un aprendizaje, y quien ha sido aprendiz de un oficio no es un ignorante. Sería más correcto decir que la guerra es una artesanía, un oficio, para un hombre medio, y un arte

para un hombre sobresaliente. En cuanto al ignorante, no es más que la materia prima de la guerra, su carne de cañón, y en absoluto un artesano.

El intento de eternizar los principios de Napoleón resultó, como hemos visto, infundado. Así lo demostró la guerra imperialista. No podía haber sido de otro modo, aunque sólo fuera porque las guerras de la revolución, al igual que las guerras napoleónicas que surgieron de ellas, estuvieron marcadas por la inmensa preponderancia moral y política del pueblo revolucionario de Francia y de su ejército sobre todo el resto de Europa. Los franceses tomaron la ofensiva en nombre de una nueva idea que estaba ligada a los poderosos intereses de las masas. Los ejércitos opuestos a ellos sólo defendieron tímidamente el viejo orden. Pero durante la reciente guerra imperialista ninguno de los dos bandos fue portador de un nuevo principio, encarnado en una nueva clase revolucionaria. La guerra fue imperialista por ambas partes. Pero, al mismo tiempo, la existencia de ambos bandos, y especialmente de Alemania y Francia, estaba igualmente amenazada. No se asestó ningún golpe rápido, que pudiera haber causado inmediatamente desmoralización y abatimiento en el bando contrario, ni hubiera podido asestarse, dada la gran fuerza humana y material de ambos bandos, que fueron movilizandando poco a poco todas sus fuerzas y recursos. Por esta razón, las batallas iniciales, contrariamente a las previsiones de Foch, no predeterminaron en absoluto el resultado de la guerra. También por esta razón, las ofensivas se rompieron contra las ofensivas, y los ejércitos, cada uno apoyándose cada vez más en su retaguardia, se atrincheraron en el terreno. Por esta misma razón, la guerra duró mucho tiempo, hasta que se agotaron los recursos materiales y morales de uno de los bandos. Así pues, la guerra imperialista siguió su curso, de principio a fin, violando el “eterno” principio de la ofensiva de maniobra, proclamado por Foch. Esta circunstancia no hace más que acentuarse por el hecho de que Foch resultó ser el vencedor en contra de su propio principio. Para explicar esto debemos recordar que, mientras los principios de Foch estaban en su contra, los soldados británicos y norteamericanos y, especialmente, los proyectiles, tanques y aviones angloamericanos, estaban a su favor.

Se puede decir, por supuesto, que el principio de economía de fuerzas sigue siendo válido también para la guerra posicional, ya que en este caso también debe haber una distribución conveniente de fuerzas entre las unidades en primera línea y las diversas categorías que se mantienen en reserva. Esto es indiscutible. Pero, con una interpretación tan general, no queda ni rastro del esquema por el que las fuerzas se distribuyen con vistas a dar un golpe ofensivo concentrado. El principio “eterno” se disuelve en un lugar común. En las guerras posicionales, defensivas y ofensivas, así como en las guerras de maniobra, es necesaria una distribución conveniente y económica de las fuerzas, determinada por la tarea a ejecutar en cuestión. Es evidente que este “principio eterno” se aplica tanto en la guerra como en la industria y el comercio. Siempre hay que emplear las fuerzas de forma económica, es decir, obtener los máximos resultados con el mínimo gasto de energía. Todo el desarrollo de la humanidad se basa en este principio “eterno”, y en primer lugar la tecnología: por esta razón el hombre empezó a utilizar un hacha de piedra, un garrote, etc., porque así obtenía los mayores resultados con el menor gasto de esfuerzo. Precisamente por esta razón el hombre pasó del garrote a la pica y la espada, de éstas al mosquete y la bayoneta, y más tarde al cañón, etc. Por esta misma razón pasa ahora al arado eléctrico. El principio eterno de la guerra equivale así al “principio” que es la fuerza motriz de todo desarrollo humano. En cuanto a la interpretación *concreta* dada por Foch al principio de economía de fuerzas, resultó ser un intento infundado de investir de un carácter absoluto a la maniobra ofensiva napoleónica resultante de un golpe concentrado.

Así pues, en la medida en que el principio de economía de fuerzas es “eterno”, no tiene nada de militar. Y, en la medida en que se le da una interpretación militar, tampoco tiene nada de eterno.

Pero, ¿por qué se insiste tanto en hablar de principios “eternos”? Porque, como ya se ha dicho, en la base está el hombre. Las cualidades humanas apenas cambian. Las cualidades anatómicas, fisiológicas, psicológicas cambian muy lentamente, en comparación con los cambios en las formas sociales. La correlación de las manos y los pies del hombre y la estructura de su cabeza permanece en nuestra época, más o menos igual que en la época de Aristóteles. Sabemos que Marx leía a Aristóteles con fruición. Y si fuera posible, habiendo trasladado a Aristóteles a nuestra época, ofrecerle los libros de Marx para que los leyera, con toda probabilidad los entendería excelentemente.

La constitución anatómica y psicofísica del hombre es mucho más estable que las formas sociales. En correspondencia con este hecho, hay dos aspectos en los asuntos militares. Está el aspecto individual, que se expresa en ciertas prácticas y procedimientos, determinados, en gran medida, por la naturaleza biológica del hombre, que, aunque no es eterna, es estable; y está el aspecto colectivo-histórico, que depende de la forma en que el hombre que participa en la guerra se organiza socialmente. Pero es precisamente este último factor el decisivo, porque la guerra comienza cuando un hombre armado organizado socialmente entra en combate con otro hombre armado organizado socialmente. De lo contrario, no sería más que una riña entre animales.

El camarada Lukirsky planteó el problema de esta manera. Por un lado, está la experiencia, la investigación empírica, un método imperfecto. Por otro lado, está la “razón pura”, que llega deductivamente, mediante procedimientos lógicos, a conclusiones “absolutas”, y enriquece así las cuestiones militares. Como materialista estoy acostumbrado a considerar la razón como un órgano desarrollado por el hombre histórico en el proceso de su adaptación a la naturaleza. No puedo contraponer la razón a la materia. No puedo estar de acuerdo en pensar que la razón pueda dar a luz algo que la experiencia material no haya proporcionado ya. Nuestra razón se limita a coordinar y combinar las conclusiones extraídas de nuestra práctica: de la razón “pura” el hombre no puede extraer nada nuevo, nada que no haya absorbido de la experiencia. Por supuesto, la experiencia no “toma forma” mecánicamente: se introduce en ella un orden que corresponde al orden de los fenómenos mismos y conduce al conocimiento de las leyes que rigen estos fenómenos. Pero suponer que la razón puede engendrar por sí misma, arbitrariamente, una conclusión que no ha sido preparada y fundamentada en la experiencia, es absolutamente erróneo. Y, puesto que esto es así, tampoco puede haber dos clases de principios, los prácticos y los eternos.

Permítanme concluir con esto. Ya hemos tenido una discusión sobre la “doctrina militar”, y hoy hemos alcanzado las últimas cotas de la filosofía. Ha llegado el momento de iniciar el descenso y dedicarnos al estudio práctico. Una vez planeamos sacar un *Compendio para el comandante de sección*, pero de momento no ha salido nada. ¿Qué es más difícil de escribir, una tesis abstracta o un compendio para el jefe de sección? Esta última tarea es cien veces más difícil, pero mil veces más fructífera. Aprovecharé esta gran reunión, la presencia de muchos trabajadores competentes, para presentar una vez más mi propuesta de que elaboremos algunas directrices generales para el comandante de sección: una pequeña obra estándar, una “Ciencia de la Victoria”. Sería una excelente escuela para todos nosotros si plasmáramos nuestra experiencia de la guerra en forma de reglas tan claras y nítidas que un comandante de sección no sólo pudiera leerlas, sino también aprenderlas de memoria.

Con los mismos ladrillos se puede construir una fábrica, una casa o un templo. El único requisito es que los ladrillos sean de buena calidad y estén bien cocidos. Los



mismos regimientos, con idéntico entrenamiento y en circunstancias uniformes, pueden ser desplegados y utilizados para las más diversas tareas estratégicas y tácticas. Lo único que hace falta es que la célula básica, la sección, sea viable y resistente. Y para ello necesitamos un comandante de sección consciente que conozca su trabajo y sepa lo que vale. Nuestra tarea de tareas consiste ahora en educar a tales comandantes de sección. Educar a un comandante de sección proletario no significa en absoluto implantar en su mente la idea de que, hasta ahora, ha habido tácticas burguesas, pero ahora ha llegado el momento de las tácticas proletarias. No, tal formación le llevaría por mal camino. Crear un comandante de sección proletario significa ayudar al comandante de sección de hoy a adquirir al menos la suma de conocimientos y prácticas que posee su equivalente en los ejércitos burgueses, para que pueda utilizar conscientemente estos conocimientos y estas prácticas en interés de la clase obrera.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)